

PRIMER PREMIO

"Culpable"

Cuando se miró al espejo no se reconoció.

Hay veces, en las que más que con el pie izquierdo me levanto como si me hubieran pateado la espinilla hasta llenarme de moratones y mal humor.

Hoy era una de esas veces. Seguía en la cama y mis intenciones de levantarme se mezclaban con la curiosidad de adivinar qué día era y allí estaba, el fastidio mañanero, bien anclado en el pecho. No es como el miedo, o la nostalgia, que atacan sin avisar, de golpe, es constante, una vez que aparece hay que beber y reír mucho para que se vaya y a veces decide atormentarte hasta que llega la noche para echarlo con otros sentimientos casi peores.

Estaba en plena batalla entre mi cabeza y ese hastío que por aquel entonces venía tanto a visitarme cuando la luz empezó a taladrarme la mirada y los sueños.

Me di media vuelta y decidí que ya estaba preparado para coger carrerilla y estrellarme de golpe en unos días a los que les falta el "buenos".

Ahora creo que ese fue el momento en el que empezó este atardecer que no se acaba nunca y apuñala los latidos del reloj, pero eso es otra historia mucho más larga y complicada, sobre todo complicada.

Conté tres suspiros hacia atrás y abrí los ojos. Allí estaba ella, absorta y distraída, revolviéndose el pelo y haciendo todas esas manías de domingo por la mañana.

Estaba observándola y pensando lo bien que pegaba hoy esa canción que habla de días grises que camufla el sol cuando ella cambió el gesto y el rumbo de la mañana.

Miraba a la pared con los ojos fijos en alguna parte que no conseguía descifrar, parecía buscar en su interior una excusa para apartar la tortura que la quemaba, la abrasaba y le hacía temblar.

Se le vació la mirada y apretaba tanto los puños que podría jurar que se hizo sangre al clavarse las uñas en las palmas de las manos. Me quedé a oscuras. Desapareció su luz y ya no brillaba la habitación. Tomó aire y unos segundos después, impulso y miró. Se miró al espejo.

No se reconoció, ni siquiera pude hacerlo yo. Estaba plantada delante de un cristal y a mí se me estaba cortando la respiración.

Supongo que hay momentos en los que todo lo que hay dentro sale a la superficie, en que los imposibles se te pegan a la cara y cuando te miras al espejo, se refleja. Supongo que eso fue lo que pasó, porque si miro hacia atrás no logro encontrar motivos para que la realidad la reflejara

de esa manera que asustaba y daba lástima a la vez, como un niño llorando que te araña cuando intentas consolarle.

Yo observaba envuelto en sábanas su proyección hasta arriba de miedo y desconcierto, seguía sin moverse y podía oír cómo gritaba "socorro" con los labios bien cerrados.

Me invadieron los días llenos de hojas en blanco, cafés derramados y gritos que desgarran la noche. Pensaba en las tardes en las que me ganaba la frustración y hacía malabares con el sueño hasta que se me marcaban demasiado las ojeras como para ir a una fiesta de esas que levantaban muros entre nosotros.

Yo recordaba esto mientras ella caía en un precipicio enorme de los que se salta sin red, se estrellaba en un espejo que le regalaba la realidad, una realidad dura y cruel que golpea sin avisar. Lloraba en silencio y sin lágrimas, si es que a eso se le puede llamar llorar y mientras, yo seguía engatusado por unos pensamientos que valían millones menos que ella.

Pasaron horas que para mí fueron minutos y supongo que para ella siglos, cuando volví a mirar hacia el rincón de la habitación vi a la misma mujer de siempre, algo más niña y con alguna arruga más, sonriendo como quien se pierde y disfruta del laberinto.

Qué idiota he sido al preocuparme un solo segundo por ella, con la de hierro que tiene encima -pensé- y eso hice, quitarle hierro al asunto.

Desayunamos café y tostadas, hablamos del tiempo, de qué mal está la vida y de todas esas cosas poco profundas de las que se hablan los domingos. Cuando terminamos, ella dijo que se iba a terminar un cuadro o a improvisar, que ya vería, y a mí me daba igual, me provocaba la más absoluta indiferencia, tanto que pensé en decir que se callara, que no me importaba, pero me limité a dejar la mente en blanco.

Empezó a contarme que había encontrado un rincón en el salón en el que entraba un montón de sol y que ahora que es primavera podía pintar las flores de las ventanas vecinas con jazz de fondo. Yo me terminé el café, me encendí un cigarro y dije que hoy era domingo, pero que yo trabajaba igual, que me dejara en paz.

Conté hasta tres, giré el pomo de la puerta y salí. Había olvidado decir adiós y besarla. Hacía meses que no le daba un beso al marcharme, pero qué más daba, seguro que ella ni lo había notado. Nos besábamos a veces, generalmente después de que yo gritara mucho y ella pusiera esa cara de: "que a ti se te acabe la inspiración no es mi culpa". Luego yo rompía algún vaso de los que llenaba hasta arriba de alcohol demasiado fuerte para un lunes y ella se iba. Cuando me volvía la calma o el sueño, le pedía perdón y decía esas tonterías de que no se volvería a repetir, que solo hasta que me volviese alguna rima para algún poema. Y nos besábamos.

Corrí hacia la boca del metro, tenía la cabeza ocupada en recordar dónde había metido las llaves del bar. Trabajaba en una tasca en el centro, lo de poner copas se lo dejaba a camareras con sonrisa bonita y a chavales con mucha labia, de la música se encargaba algún saxofonista o pianistas, la verdad es que odio a todos los músicos, yo me ocupaba de lo mío, de escribir, de beber un poco y recitar. Soy poeta, era poeta, abrí el bar solo para descubrir a la gente el arte de la poesía, y acabé descubriendo que la gente no sabe valorar ni al arte ni a mí.

Compré un ticket para la línea de *El mar* y le eché la vuelta a un mendigo en la gorra. Después decidí que más desgraciado era yo y pensé en quitarle los veinte céntimos, pero el viejo me miraba con cara de cansancio y mal humor.

Conseguí encontrar un sitio más o menos decente en el metro, un señor de unos cuarenta con pinta de árabe se sentó a mi lado. Era hora punta y en el ambiente había una mezcla de colonia barata, tabaco, sudor y lluvia. Empecé a creer que los metros ya no me inspirarían más, se habían vuelto monótonos y desgraciados, la gente se entremezclaba con un constante murmullo de raíles y tonos de llamada de cantantes que se venden por unos euros.

Un chico con barba de una semana y vaqueros desgastados se acercó dando tumbos por el vagón, llevaba una guitarra. Dos adolescentes de uniforme se ajustaron la falda y le regalaron dos sonrisas de las de chica de diecisiete años, de las que huelen a verano.

Si he dicho que odio a todos los músicos, he de rectificar, a este no. Puede que fuera porque no tenía pinta de músico o porque se adueñaba de mi arte, la poesía y añadía un par de acordes con la guitarra.

Se ganó a todo el metro con unos versos improvisados que hablaban de primavera, de vivir y de tonterías superfluas que, sin avisar ni pedir permiso, se metieron dentro de mi pecho. Alguien le dio veinte euros que, sin saberlo, donó al mundo, al arte y a una pequeña cuenta que se acababa de abrir para gastos en felicidad en mi vida.

Unas universitarias con maquillaje de ayer hablaban sin parar de la noche anterior, se bajaron en la siguiente parada y yo, bajo la mirada acusadora del árabe de al lado miraba sus piernas. No porque me gusten las veinteañeras de cabeza vacía, que algunas sí, las miraba porque me recordaban a ella, a cuando yo escribía sin pensar y le daba un beso antes de salir. Antes los inviernos no eran ni duros ni fríos porque salíamos a tomar algo y yo abría el bar con estos para que me escuchase gritar poemas subido a una mesa y echarnos años a la espalda.

Escuché al de la guitarra en el vagón contiguo y un anciano suspiraba como quien se tira de cabeza al mar, sin pensar, porque duele menos.

Creo que fue ahí, cuando el metro volvió a oler a esperanza, a sudor, a colonia barata y a domingo de primavera. Decidí que ya no me gustaban las fiestas y que los vasos llenos se aborrecen cuando no celebran nada sino, más bien, consuelan. Pensé que ya era hora de escribir por amor al arte, que ella no tenía culpa de mis enemistades con las musas y que iba a volver a besarla.

Me bajé en la tercera parada después de las reflexiones pro y previda y empecé a caminar hasta casa, ya abriría más tarde. Tomé un atajo pasando por la floristería para adornar un comienzo con girasoles peores, pero más esperanzadores que los de Van Gogh. Recordé su cara de esa mañana y mi cobardía pegada al colchón, y abandonarla en la lucha con sus miedos me dio náuseas.

La imaginé feliz, la imaginé a la antigua, sin bolsas en los ojos, observándome con esa mirada que analiza hasta el corazón. La imaginé antes de las fiestas y de mis crisis que el médico llama depresión con brotes de esquizofrenia. Imaginándola pintando cuadros tirada en el césped con un vestido rojo que gira cabezas y sonrisas al pasar, sujetando un café a las ocho de la mañana porque no queda sueño.

Imaginando llegué a casa y, contento de recuperarme y recuperarla, abrí la puerta.

Recuerdo ese día como aquel en el que me perdí para siempre sin posibilidad de recuperación.

Es curioso cómo mis ilusiones decidieron saltar desde un décimo para caer de lleno en el asfalto convirtiéndose en una mezcla explosiva y detonante de pérdida, caída y culpabilidad. Cómo pasaron los cinco segundos más largos y rápidamente se esfumaron con mi vida, mis ganas de seguirla y de volar.

Ella estaba tirada en el suelo, tenía los ojos cerrados y la boca ligeramente abierta, parecía una niña pequeña, tranquila, en paz. Rodeada de cristales rotos de un espejo que dejó de reflejar la realidad y la realidad la superó.

Me acerqué con la tranquilidad que me ha faltado todos los años de mi vida, acercándome a mi final, a mi meta querida, solo que esta vez no quería llegar. La besé. La besé por todas las veces que había cruzado la puerta sin hacerlo, por todos los días y todas las noches que antepuse unos versos que no tenían sentido sin ella allí, la abracé lo más fuerte que pude y me di cuenta de su fragilidad. Descubrí que el hierro se funde y que le gusta aparentar, pero ya daba igual, yo podía apretar fuerte, ella ya estaba rota.

Pedí perdón al azul de sus ojos y me sumergí en la más absoluta oscuridad. Supe que se había ido, que no iba a volver, que la había perdido. Los girasoles me miraban acusándome del crimen con peor castigo que he cometido en la vida.

Y así es como la monotonía, el hastío, la frustración, el tedio y yo la matamos. Y con ella me maté yo.

Julia Martín García-Oliva 4ºESO A